

Tomás Licea Hernández, *Nunca sabremos quién fue*

SERVANDO HERNÁNDEZ PÉREZ

La obra literaria *Nunca sabremos quién fue* del autor Tomás Licea Hernández, editada por Cooperativa de producción Editorial Agua sobre las lajas en ciudad Nezahualcóyotl Estado de México en 2016, repercute en el ámbito local por tratarse de los inicios de lo que hoy es ciudad Nezahualcóyotl como municipio. Seguramente ciudadanos adultos que lean la obra, recordarán con nostalgia el proceso polvoriento que hoy duerme en el olvido de la cinta asfáltica o pondrá a reflexionar a jóvenes lectores acerca de lo que vivieron sus abuelos.

Que sea local su obra no quiere decir que el autor no trascienda, por el contrario, la habilidad para narrar o describir los instantes de un accidente y llevar al lector hasta la reflexión del si hubiera, párrafo a párrafo, nos hace reflexionar también acerca de otros grandes escritores naturalistas universales como Flauvert con *Madame Bovary* o el cuento "Le diable" de Guy de Maupasant o escritores nacionales como Federico Gamboa con su obra *Santa* o un escritor más contemporáneo como Emiliano Pérez Cruz con sus crónicas espléndidas de ciudad Nezahualcóyotl.

La obra atrapa de inmediato, es para leerla en dos de tres horas sin límite de polvo aunque se oscurezca. Y son estas polvaredas las que provocan la trama convertida en versiones de los protagonistas ante el estado emocional que sufren por encontrarse frente a su destino, un *shock* psicológico que les hace suponer lo que nunca sucedió aunque nunca se sepa quién fue, así pasen otros cincuenta años.

Tomás Licea emplea en su obra una narrativa y una descripción clara, sencilla y poética donde el *mea culpa* ante la tragedia de un



TOMÁS LICEA HERNÁNDEZ,
Nunca sabremos quién fue.
México, Cooperativa de producción editorial Agua sobre las lajas, 2016.

accidente automovilístico, en donde aparentemente el chofer mata a dos personas en medio de una tolvanera, contrapone el pensamiento de éstos y mantiene a partir de la tragedia una especulación a lo largo de la obra.

El estado psicológico de los personajes crea una estructura de tiempo interesante, es aquí que refleja Tomás Licea el tiempo de la memoria y pleno dominio de este conocimiento, así como el de la retrospección.

Licea ve, escucha y siente lo que ocurre a sus personajes, muestra de su sensibilidad literaria y enriquece la obra con imágenes poéticas “tolvaneras, bestias siderales que no se sabe si viene por ellos o salvarles la vida”. O ese realismo crudo, “detente los vas a atropellar” mientras que en contraposición los accidentados se describen a sí mismos “estábamos convertidos en estatuas de tierra”. Pero no nos pasó nada.

La obra apunta a una no veleta. Escrita de principio a fin de un plumazo cuidadosamente con párrafos numerados, creo desde el punto de vista didáctico, para que el lector no se pierda, de lo contrario Tomás hubiera escogido emplear lo convencional, es aquí donde se valora el trabajo del escritor, su oficio, por ejemplo, en *¡A quien le venga el saco!* de Fernando Rivas Castillo escritor yucateco que en su estructura pareciera que escribe pequeños cuentos pero en realidad escribe una novela. Así pues, con una sencilla trama, entre el estado psicológico de los personajes y el remolino, el autor denota además un problema familiar, una fuerza de relación de pareja donde aflora el chantaje, y el control de Matilde; y nos lleva a la reflexión de la obra.

Finalmente, aunque el texto literario sea local, trasciende por su trama, por la estructura de los tiempos, por una propuesta diferente que atrapa de inmediato y parte de un accidente automovilístico que provoca una tolvanera, un *shock* psicológico entre los protagonistas y una reflexión genial, pues después de la tolvanera viene la calma:

¿Por qué no nos esperamos? Si tuve tiempo de frenar.
¿Por qué no lo hice? Si hubiéramos muerto yo sería el único culpable.
Por qué no me hizo caso, le dije que frenara y no lo hizo.
Tan fácil que hubiera sido quedarnos en casa hasta que pasara el terregal.
Tan fácil hubiera sido frenar y dejar que pasaran.
Tan fácil hubiera sido quedarme callada y dejar de importunarlo.
Tan fácil que hubiera sido esperar a que pasara el auto para evitar un accidente.
Tan fácil.
Tan fácil.
Tan fácil.
Tan fácil.
¡Chingada madre!